

¿Seguimos creyendo en los milagros? María Teresa Carlota, ¡una mujer de fe!



En 1820 la casa de la Misericordia de Burdeos tenía más de doscientas mujeres acogidas. Había que trabajar, pero faltaba dinero, pues se debían 3.000 francos al principal contratista de trabajo. Espontáneamente, el contratista confió en la Superiora, madre María Teresa de Lomourous,

para el momento en que pudiera pagarle. Ella le dijo, - "Dios es un buen pagador. Démonos un plazo de tres meses". Pero pasaron los tres meses y, en el día fatal, Teresa de Lamourous puede que ni siquiera tuviera los cinco soles de Teresa de Ávila; in embargo no se conmueve. Pide a la comunidad un ayuno devocional. Luego, a las nueve, se encierra en la capilla recientemente restaurada. Está sola, piensa. Afortunadamente, dos directoras escondidas en la galería verán y oirán todo. Y esto es lo que ocurrió:

Postrada en el pavimento de la capilla, la Madre se sumerge en una larga adoración. Entonces se levanta y dice en voz alta:

- "Dios mío, hoy es el día en que pagas tus tres mil francos; tu honor está comprometido en ello; has dado tu palabra. ¿Me concederás lo que he pedido?"

Y esperó, escuchando en el salón para ver si alguien llamaba a la campanilla de la puerta. Pero nada. Luego se levanta, va delante del altar y esta vez entre sollozos reanuda su oración:

- “¡Jesús, me has oído! Sé que a veces eres sordo, como una madre que finge no oír a su niño. Bien, debes tres mil francos; dije que a las once pagarías. ¡No faltarás a tu palabra!”

Vuelve a permanecer a la escucha; pero la campanilla sigue en silencio. Luego entra en la capilla, sube los escalones hasta el altar. Aquí, su emoción es tal que tiene que apretar su corazón con la mano izquierda, que late tan rápido que le quita el aliento. Con su mano derecha golpea la puerta del tabernáculo, diciendo, jadeando:

- “Perdóname, oh Jesús, pero eres tú quien me obliga a ser audaz. Tú lo has dicho: Llamad y se os abrirá. Aunque tenga que quedarme aquí hasta mañana, seguiré llamando hasta que pagues los tres mil francos. Clamaré, Señor, y tú me escucharás”.

Nada más terminar esta tercera imprecación, oyó el timbre de la sala de visitas. Sale rápidamente de la capilla, pero se despide cortésmente de Dios y promete volver para darle las gracias. En la sala de visitas encuentra a un desconocido que le habla de la Condesa de M., a la que había conocido durante su viaje a París. Había muerto y el visitante venía a cumplir una de sus disposiciones testamentarias.

- “Me sorprendería -interrumpió la señorita de Lamourous- que Dios no me enviara, a través de usted, los tres mil francos que prometí en su nombre”.

Entonces, el desconocido sacó sonriendo tres billetes de mil francos de su cartera y se los entregó a la madre de Lomourous y ésta, al recogerlos, exclamó.

- “Gracias, sabía, oh Dios, que serías fiel”.

- ¡Espere, señora –dijo el desconocido-, hay tres billetes más!”

Esta vez, la señorita de Lamourous se quedó un poco desconcertada; luego, con gran espontaneidad, dijo:

- “Estate seguro, oh Dios, que a partir de ahora sólo te pediré la mitad de lo que necesite.”

(Tomado del Apôtre de Marie, nº 174, agosto-septiembre de 1925, pp. 135-137)